

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES

Parece sin duda, después de haber intentado leer en grandes trazos la historia de América Latina, que el Quinto Centenario de la llegada de Cristóbal Colón al Caribe no puede ser objeto de una celebración. Sólo una conmemoración crítica debe favorecer el ejercicio del recuerdo y estimular las solidaridades. La historia de América no comenzó en 1492. Numerosas y brillantes civilizaciones indígenas precedieron la llegada de los españoles y de los portugueses, pero también, de los ingleses, de los holandeses y de los franceses, por citar sólo a algunos conquistadores. Sin embargo, el año de 1492 instauró para la región latinoamericana en particular una nueva relación al tiempo y al espacio. Ésta entró entonces en la modernidad, en el momento en que Europa accedía también a ella por la apropiación del espacio terrestre que acababa de realizar gracias a la hazaña de Colón y de sus sucesores. En esta relación que se establece en 1492 entre el "viejo" y el "nuevo" mundo, la historia tomó un sentido distinto para los unos y para los otros. Para Europa, esta fecha marcó el principio del dominio colonial, de la imposición de un modelo de sociedad y de explotación de las riquezas naturales y de los pueblos sometidos por la fuerza. Es a partir de 1492 que el Occidente creyó poder erigir su particularidad en universalidad. Esta relación instituida condiciona hasta hoy día la percepción del otro, del dominado que fue transformado en bárbaro, tanto más que buscaba preservar su diferencia, contra la pretensión europea de "civilizarlo". En este orden de reflexión, no es casual que las relaciones de Europa y América Latina permanezcan todavía marcadas por una gruesa cortina de ignorancia, prejuicios y pasividad. Para vencer la distancia forjada

desde 1492, será necesario más que la buena voluntad de reconocer las diferencias culturales. En un mundo más y más interdependiente, la estabilidad y la evolución pacífica de las relaciones internacionales, dependen de la voluntad de crear mecanismos necesarios para la justa redistribución y el reparto equitativo de las riquezas.

Por su parte, América Latina existe a partir de la relación instituida violentamente por Europa, en 1492. La historia de la región se desarrolló dentro del marco de esta relación, creada por la entrada forzada dentro de una modernidad impuesta pero no asumida. Desde la llegada de Colón, América Latina fue marcada de una triple manera por esta relación asimétrica con la modernidad europea.

En primer lugar, ella entró en relaciones económicas de dependencia. Las colonias prosperaron gracias al pillaje del oro, de la plata y de las materias primas. Los neocolonialismos del siglo XIX no modificaron, pero sí ampliaron los medios de explotación en beneficio de Inglaterra y de los Estados Unidos. Hoy, parece ser que las economías del Norte ni siquiera tienen necesidad de las del Sur. Las cuatro quintas partes de los intercambios se realizan entre países del Norte; América Latina ha visto pasar su participación comercial mundial del cinco al dos por ciento en los últimos años. La dependencia y el déficit tecnológico de América Latina se han acentuado a tal grado que ésta no se encuentra en mejores posibilidades de defenderse comercial o militarmente que hace cinco siglos. Por las relaciones privilegiadas que ésta ha entablado, tanto por voluntad propia como por fuerza con Europa ¿no debería ella convertirse en un laboratorio de nuevas relaciones económicas fundadas en la reciprocidad y la redistribución y no sobre la explotación y la marginación?

En segundo lugar, conviene subrayar que la irreductibilidad de América Latina no es sólo el resultado de las relaciones económicas internacionales. La sospecha y la paranoia que nutren una historia del subdesarrollo, sólo producto de la manipulación de fuerzas ocultas y poderosas, no aportan ningún elemento a la discusión. El pa-

sado de América Latina es, desde la Conquista, el de la violencia y de la rapiña de las elites dirigentes blancas y mestizas. En este sentido, 1492 fundó la dominación racial sobre la base de una concepción dual de la sociedad: la república de españoles contra la república de indios, ayer, los blancos y mestizos ricos contra los marginados indios y negros, hoy. Incluso si la dualidad racial no estuviera presente de manera tan aguda en la realidad cotidiana, como lo señala Alain Touraine, las sociedades latinoamericanas "continúan siendo obstinadamente dualistas; de una parte, se encuentra el mundo de la palabra, es decir, el de la participación no solamente de los ricos, pero también de la clase media y tocando gran parte de la clase obrera; y por la otra, existe el mundo de la sangre que es el de la pobreza y de la represión".¹¹ El desafío inmediato para las elites políticas latinoamericanas consiste en reducir las desigualdades. Para esto, es necesario ciertamente educar, crear empleos, vivienda, extender el seguro social, poner en marcha una política fiscal que impulse la redistribución social de la riqueza. Pero esto no podrá ser realizado sin una autonomía creciente de la sociedad civil, cuyo fundamento no puede ser otro que el respeto del individuo y de sus derechos fundamentales.

Por último, el progreso así como la evolución de las sociedades latinoamericanas está íntimamente ligado al porvenir del catolicismo. Éste tuvo un efecto modelador de los comportamientos y de las mentalidades desde el siglo XVI. Aun si, por otra parte, las minorías religiosas disidentes han existido siempre, su evolución queda estrechamente condicionada por la de la Iglesia. Este catolicismo estuvo marcado por el espíritu de la contrarreforma, y después por las corrientes ultimontanas e intransigentes de los siglos XIX y XX. El Concilio Vaticano II (1961-1965) y sus corrientes reformistas parecen haber sido sólo un intermedio dentro de una historia de larga duración, marcada por un modelo vertical y autoritario de gestión de lo sagrado. En América Latina, todas

11 *Ibidem*.

las tentativas de reforma del catolicismo estuvieron sucesivamente atropelladas: la del clero regular y humanista del siglo XVI, así como las del liberalismo católico del XIX, las del catolicismo social de principios del XX y los movimientos inspirados por la Teología de la Liberación de hoy en día. El proyecto de nueva evangelización que anima a la Iglesia en el marco de la celebración de los quinientos años de su presencia en el continente, parece ser una tentativa de restauración frente a la irrupción de numerosas sectas y nuevos movimientos religiosos. Estos últimos no son unos ensayos de reforma religiosa, pero la manifestación vigorosa de la vitalidad de la religión popular, siempre en posición subalterna y en desfase frente a la institución católica. Tal vez han surgido un tanto con tanta virulencia, porque la Iglesia continúa reforzando las mentalidades tradicionales, corporativistas y una percepción jerárquica y autoritaria con relaciones sociales a imagen de las en vigor en su seno. En este contexto, el proyecto de una nueva evangelización parece ser, más la afirmación triunfalista de la aculturación de América Latina hacia el catolicismo autoritario, que la premisa a una reforma religiosa que permita asentar una reforma política democrática.

Sin embargo, sólo una reforma religiosa de gran envergadura que sirva de instrumento de cambio de las conciencias y de los individuos, podrá fundar una modernidad latinoamericana sobre la autonomía del sujeto social.

La conmemoración crítica del quinto centenario del acontecimiento de 1492 debería de comenzar por la crítica de la triple continuidad de las relaciones económicas, políticas y religiosas instauradas por la entrada de América Latina en la economía mundial de fines del siglo XV y principios del XVI. No se trata de seguir imponiendo la copia de los modelos europeos o norteamericanos. Esta tentativa ha fracasado, cuando ha sido dirigida por las elites políticas y económicas latinoamericanas del siglo XIX. Pero toda reflexión sobre la identidad latinoamericana debe tomar en cuenta la relación instaurada en el siglo XVI, a fin de superarla y de buscar un camino

original hacia la modernidad. Si es cierto que existen características generales de lo que podemos entender por modernidad (racionalización, pluralismo, democracia, tolerancia), sin embargo, ninguna sociedad se define solamente por estos principios generales. Toda sociedad, combina poco o mucho estos principios con sus características particulares propias, formadas por la historia. En este sentido, América Latina no podrá ser moderna en contra de su herencia, pero sí a partir de ésta, criticándola para mejor superarla. Del trauma de la conquista nació América Latina en tanto Indo-Afro-Ibero-América. Las resistencias presentadas por los sectores sociales subalternos, indios y negros, la han enriquecido con una herencia plural. La modernidad latinoamericana debe tomar en cuenta estos aportes para fundar una identidad democrática sobre el reconocimiento del pluralismo cultural y racial de la región. Ésta, no puede ser limitada a la exaltación pasional y nacionalista del mestizaje. Ésta debe pasar por una reforma religiosa, intelectual y moral. Octavio Paz¹² claramente lo ha expresado: para nosotros:

Nos hace falta tanto, lo mismo en la esfera privada que en la pública, volver a Montesquieu, quiero decir, conocer y reconocer los límites de cada uno, los míos y los de mi vecino. De ahí que la reforma política sea inseparable de la reforma intelectual y moral. Esto únicamente puede realizarse por una acción interior e interpersonal: una enmienda, una conversión. Por esto me atrevo a decir que la reforma moral es, o debería ser, la tarea de la nueva generación intelectual.

Hasta ahora, América Latina ha estado marcada por el choque del encuentro conflictivo de dos mundos, choque que le ha dado nacimiento dentro de sus componentes contemporáneos. De ahí, nació su paradójica identidad moderna; ésta guarda de aquello, una marca trágica que se expresa en el desgarramiento permanente del hombre latinoamericano. Éste vive en efecto como lo señala el escritor y político mexicano Enrique González Pedrero,

12 *Ibidem*.

una doble vida, una hipocresía, ese horror que es aparentar, simular que está de acuerdo con la lógica de la sociedad industrial y con los valores políticos modernos, cuando en realidad no se corresponden con el mundo y con la economía neoliberal contemporánea en el que éste nació y los valores en que se ha formado.

Este desgarramiento se revela con toda su intensidad tanto en los conflictos sociales y políticos, como dentro de los comportamientos económicos, siempre marcados por la distancia entre la ley y la práctica, entre el país legal y el país real. América Latina no saldrá sola de esta contradicción que la está marcando desde hace quinientos años. Ésta lo logrará en la medida en que Europa sepa también, por su lado, establecer relaciones igualitarias y complementarias. Tal vez pueda ser el modo de poner fin a quinientos años de desprecio y de negación del otro, para que éste no sea reducido al rango de bárbaro, pero sea reconocido en tanto que socio de una modernidad que, por ser universal, debe asegurar la participación de todos, dentro del respeto mutuo de las diferencias. Sólo así, la catástrofe de la conquista y las necesarias resistencias de los vencidos podrán ser superadas por una emancipación proveniente de una modernidad latinoamericana crítica y reconciliada con sus múltiples raíces.